

Figuras y retazos

Pablo Morán Fernández



Capítulo 1

Rumbo 117.3.4 se vislumbró, no a demasiada distancia de la presencia, unas formas cóncavas que dilataban, a medida que la luz impactaba en sus ángulos, el contenido gelatinoso de su interior. El minúsculo motor interno, conseguía moverlos a una velocidad nada desdeñable desde un punto de vista tecnológicamente superior. Lo que, añadido a sus ya de por sí, intentos de lograr reducir la materia, transfiguraba todo aquello en un imposible nada sencillo de analizar. ¿Fijar al destino?, podría ser. El transporte condenaba a la mayoría a una tendencia semiperpetua entre los asteroides, pero ellos no deseaban ser parte de aquel mecenazgo impuesto por mentes que no comprendían. Iban y venían entre las rocas a la vieja usanza, utilizando los antiguos cargueros de corazas oxidadas y motores corroídos, que causaban más accidentes que éxitos les daban.

Tiempos difíciles, vicisitudes extrañas, y desconocimiento del peligro. Aunque el curandero consiguiese tocar el cielo oscuro, debían asegurarse de que su divinidad no era inventada. Las leyendas predecían tales hechos, y era la razón por la cual los sabios aun confiaban en sus propias predicciones. Los que arribarán del cielo, procedentes de las estrellas invasivas, traerán entre sus dedos de piel nívea, los sueños y anhelos de tantos otros que perecieron ante el cóncave. El futuro frente al miedo que purgó a los suyos durante eones, ahora enfrentaría en una batalla final, el sentido de su mera presencia en un universo distendido.

Un riesgo calculado que se tendría que asumir.

Mientras tanto, en la distancia, el rumbo fijado intercedió con el piar de los pájaros bajo las ramas del pinar. No se podía ir contra la tradición, pues era la que impedía el caos. Las promesas, antes de su llegada, no tenían otra elección ni posible dirección. Si se pudiese elegir, ¿elegirían bien?, la ignorancia no permitiría que se desviasen de su camino. Pero, ¿la inteligencia prometida? Todo se volvía mera teoría, ante la sombra de la duda. Proyectada, no más allá de veinte pies, por la montaña fronteriza que impedía tocar el océano. Los sabios, que todo lo supieron, contaron con sus ecuaciones como el mundo dejaría de ser mundo, aunque no antes de que la vida alterase sus bases para dejar camino libre a la muerte.

No eran secretos, simplemente inventos de mentes juguetonas que predecían futuros precisos entre sus matemáticas incomprensibles. Los sabios.

¿Les han ofendido?, si no era así, entonces tendría que ser la forma en la que vivían. ¿Quién podría sentirse disgustado ante la riqueza, amor y felicidad? No sabrían decirlo, solamente indicar que la paz y el amor, no tenían sentido en su quebradiza alma. Nunca se había sentido así, tan

siquiera cuando el ente fijó el rumbo. Antes de nacer, antes de existir, antes de ser y no después de perecer. No tenían tiempo para recordar, o tal vez no quisiesen recordar. ¿Serían ambas?

Su blanco, el punto más débil del objeto. Fuego y mil veces fuego, simultáneo, a su epicentro, imposible y no verificado. La explosión concluyó con las dudas. El fin trajo la muerte, y la muerte abrió paso a la vida. En un ciclo eterno. Perpetuo, hasta que la existencia entera se plegase sobre sí misma. Para, finalmente, dejar paso a otra.

Ciclos infinitos, entre miles de trillones de años.